

# A T E

ma (pág. 130): "Digne, courageux, José Antonio fait face. Il n'a nulle pitié à attendre et il n'en espère pas". Y cita la frase con la que concluye su defensa ante el Tribunal: "La vie n'est pas un feu d'artifice que l'on tire à la fin d'une garden party".

k) El informe remitido por el "agente núm. 2" a Roma en el verano de 1936 está escrito (según "Lanvoni") en un francés "un peu approximatif". ■ G. FATAS.

Refiriéndose a un aspecto de «La Alemania nazi» y el 18 de julio, David Jato escribe en el suplemento dominical de «Arriba» del 12 de enero un artículo titulado «José Antonio y la Alemania Nacional-Socialista», que reproducimos.

“**C**OMO es de universal conocimiento, el capitalismo de Occidente y el comunismo oriental, triunfantes por mitades en la última guerra, establecieron un sistema de convivencia dentro del cual fijaron un enemigo común invariable al que declaran una guerra sin cuartel: los nazis, en cualquiera de sus versiones, son la bestia negra que justifica todas las medidas que puedan tomarse contra ellos. No se trata solamente de perseguir a sangre y fuego a cuantos militaron en el socialismo de Hitler; basta cualquier indirecta colaboración con los hombres de la cruz gamada para ser considerado enemigo de la Humanidad. Así, queda abolida la pena de muerte en Bélgica, pero se conserva en hibernación para el caso de que sea atrapado ese supuesto monstruo, capaz, por lo visto, de destruir la civilización, que se llama León Degrelle.

Basándose en esa triunfante mentalidad, los enemigos de la Falange se lanzaron con voracidad sobre los archivos alemanes recogidos, hasta el documento más insignificante, por los servicios secretos del Ejército americano. Tenían confianza en que allí se en-

contraría la identificación y subordinación falangista al Partido hitleriano. Cuando menos aparecería alguna forma de ayuda política o financiera.

Espléndidamente pagado por el Estado del 18 de Julio, traído con el sacrificio de las vidas de miles de hombres, ganados por los ideales joseantonianos, un funcionario, Angel Viñas, siguió con tenacidad los caminos abiertos por la insidia del agente moscovita y calumniador profesional Max Gallo.

Cualquiera que se hubiera acercado con un mínimo de



JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA

curiosidad a la obra joseantoniana percibiría su escasa simpatía hacia aquel movimiento germánico, carente de raíces cristianas. A partir de la fundación de la Falange, años en los que Hitler era objeto de atención mundial y los periódicos diariamente recogían noticias haciéndolo permanente protagonista de la actualidad, José Antonio no escribe el nombre del canciller alemán en uno solo de sus artículos, y únicamente en dos ocasiones lo menciona públicamente. La primera, en el Parlamento, en la sesión del 20 de febrero de 1934. Un diputado perteneciente a la minoría de Izquierda Republicana,

Emilio González López, compañero en la Universidad e incluso participe en la misma Junta Directiva de la Asociación de Estudiantes de Derecho, le acuciaba a aceptar cierta tesis sobre las asociaciones universitarias, en razón de que esa era la tendencia alemana. José Antonio le respondió, ironizando, que Hitler precisamente no era su jefe político directo. Resaltamos que su intervención ocurre días antes de su proyectado viaje a Berlín. La segunda mención al líder alemán fue totalmente incorrecta, pues la hizo en una conferencia en el Círculo de la Unión Mercantil y simplemente para hacer notar la circunstancia de que en la Alemania inmediatamente anterior a Hitler el número de partidos políticos era de treinta y dos.

Entiendo que lo relatado es suficientemente significativo sobre los sentimientos de José Antonio para quien pretendiera servir a la verdad. Viñas, en su libro, tras mostrarnos en sus extensas fuentes bibliográficas que bebió en las aguas de cuantos lucharon contra la España nacional, sin faltar la historia oficial del Partido comunista, no se molestó en repasar los textos políticos de José Antonio, ni la biografía de Ximénez de Sandoval, ni el "Frente a frente", de Mancisidor, por no citar otros libros fundamentales para conocer el tema. Tras un sostenido esfuerzo investigador de años, resulta esta "desconsoladora" conclusión: "En cualquier caso, José Antonio Primo de Rivera no manifestó durante su estancia en Alemania deseo alguno de apoyo financiero". El señor Viñas, para reducir el efecto de un hecho tan rotundo, añade: "Tampoco se le ofreció por parte alemana". Y con la idea de que puedan aparecer, no sabemos si en otro planeta, las huellas buscadas, escribe con aparente envoltura de objetividad: "Lo que significa es que, en ausencia de nuevos documentos que prueben lo contrario, tales apoyos no se orientarían hacia Falange".

Cuando David Khan, recogiendo los resultados de la exhaustiva búsqueda de los archivos alemanes y la minuciosa investigación de los servicios secretos americanos, llega a la conclusión de que es preciso rectificar cuanto se ha dicho, sin fundamento, sobre la ayuda alemana a los falangistas, el señor Viñas replica insistiendo que todavía pueden localizarse documentos hoy ignorados.

La obsesiva tendencia de Viñas a remover cuanto basura le sale al paso, tiene aspectos cómicos. Los comunistas españoles en 1936 exportaron la noticia de haberse encontrado en el cuartel general falangista de Barcelona cuatro mil documentos demostrativos de los contactos de la Falange con Alemania y las ayudas nazis en dinero, armas y propaganda. Como es notorio, no existían tales documentos ni siquiera tenía realidad el inventado cuartel general falangista. Pasados los efectos propagandísticos, los propios comunistas dejaron de referirse a su burda mentira, que no aparece mencionada ni siquiera en su historia oficial sobre la guerra española. Pues bien, Viñas, navegando entre supuestos insidiosos, escribe en 1974 lamentando esa evaporación documental. Basta leer a Koestler para enterarse con detalles y anécdotas de cómo "fabrican" los comunistas sus documentos y de cómo desaparecen sus autores. En este caso, los falsificadores Otto Katz y Willi Münzeberg fueron "liquidados" por el implacable aparato del Partido. Aplicar dudas sobre la autenticidad de falsos documentos es ya hacerles un inmerecido favor. Viñas va más lejos que los falsificadores de un libro comentado por gentes que se definen como anarquistas, del que dice: "Llama, pues, más la atención el libro por lo que deja fuera que por lo que se incluye, y que, obviamente, deben haber sido los documen-

tos de mayor peso encontrados...", y esos documentos son precisamente los que debían existir refiriéndose al viaje de José Antonio. Despreciable postura la de intentar que el lector imagine lo que se sabe que no existe.

Escarba Viñas en la visita realizada por José Antonio a Hitler, a la que por su cuenta y razón califica de famosa. Uno de los documentos esgrimidos por Viñas es un informe del mes de enero de 1934 del embajador de Alemania en España, conde de Welzsch. En él se recomienda se den facilidades a José Antonio cuando visite Alemania, significando que ve en Hitler a su maestro. Sin duda el conde de Welzsch no pasará a la historia de la diplomacia por ese informe en donde gratuitamente hace a José Antonio alumno del Jefe de Estado alemán; en el mismo escrito y con la misma ignorancia señala que "Ledesma Ramos es profesor de la Universidad de Valladolid", "las JONS son un movimiento sin líder", "Giménez Caballero marca la dirección en lo intelectual y lo ideológico de las JONS", "el organizador de más valía de FE es Víctor d'Ors", "las JONS y la Falange no quieren tener nada con el fascismo de Gil Robles", "la FUE data del predominio socialista con Azaña". El informe es breve, pero en él existen motivos más que suficientes para considerar al conde como un ignorante de la cuestión. En realidad, la Embajada alemana en Madrid careció de información adecuada hasta el extremo de ser sorprendida por el Alzamiento Nacional.

Tras indagaciones múltiples, también aquí la conclusión es decepcionante. Pero nuestro personaje no se rinde y afirma que estimando la "velada" estancia de José Antonio, "no es de extrañar que no quede constancia de ninguna repercusión posterior significativa para nuestros propósitos". Si

Viñas se hubiese interesado por la vida de José Antonio encontraría en Sandoval las razones que le impulsaron a la comentada visita, y que, como es de fácil comprensión, suponía satisfacer su enorme curiosidad política por conocer personalmente aquella Alemania que se presentaba con logros sociales verdaderamente revolucionarios y una recuperación espectacular de su dignidad nacional. Hitler constituía un poderoso foco de atención y cualquier persona con vocación por la cosa pública sentía el deber de estudiarlo. De los días pasados por José Antonio en Berlín queda un testigo de valía intelectual: Eugenio Montes, su más asiduo acompañante en ese viaje. Viñas no se molestó en preguntar a Eugenio Montes. Pese a sus cuatro años de investigaciones, desconoce también el comentario de Ana de Pombo en su curioso libro de recuerdos, "Mi última condena", en donde relata que recibió a José Antonio en París, al regreso de su viaje por Alemania. Las palabras del viajero son cristalinas y concuerdan con su vida:

—Hitler y yo no nos entenderemos nunca. No cree en Dios.

Las gestiones para la entrevista de José Antonio con Hitler se llevaron por los cauces habituales en tales casos y no a través del Partido nazi. Tampoco pertenecía al nacionalsocialismo el intérprete propuesto.

En el proceso de Alicante, recogido taquigráficamente y reproducido por Mancisidor, el fiscal preguntó a José Antonio si había estado en Alemania en el año 1935. En su respuesta, el creador falangista aclaró que su visita fue en el año 1934, entre los días 1 y 7 de mayo, y añadió: "Le voy a decir que hablé unos minutos con Hitler, pero éste no habla más lengua que el alemán y yo es una lengua que apenas puedo decir que

empiezo a entender. Me tuve que valer de un intérprete, y en cinco minutos que hablamos me dijo que tenía gran afecto por la memoria de mi padre, le di las gracias y, como había entre nosotros una gran distancia, allí terminamos la entrevista. No he puesto los pies en Alemania ni antes ni después".

El intérprete, Von Engelbrechten, había tenido alguna amistad en España con el general Primo de Rivera. Ya fusilado José Antonio, Von Engelbrechten solicitó el ingreso en una organización del Partido nazi, y en su petición, exagerando méritos, mencionó una "larga" entrevista con el Führer. Pues bien, el señor Viñas se acoge a esta versión y oculta la absolutamente lógica de José Antonio, admitida en plena pasión de la guerra civil por el Tribunal que le juzgó. Asimismo, cuando alude a las presiones alemanas y de otros países para evitar que se pusieran dificultades a los técnicos extranjeros que venían ocupando lugares de privilegio en la industria y el comercio, silencia que José Antonio intervino entonces de forma convincente y apasionada, en el Parlamento, en contra del intrusismo foráneo.

Como resultado de la absoluta falta de relación entre José Antonio y la Alemania nazi, no figura ni una sola vez Falange en las gestiones de ayuda alemana al Alzamiento Nacional, ni antes ni en los días siguientes al 18 de julio de 1936. De ahí el fracaso del intento de arrojar el supuesto lodo nazi sobre la figura más noble de la política española».

## «BAROJA Y SU RALEA»

Con este título, Ernesto Giménez Caballero publicaba en «ABC» del 10 de enero el texto que figura a continuación:



ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO

UN amigo sacerdote me envía cierta revista donde un señor, para mí desconocido, me acusa de haber yo compilado y prologado el libro de Pío Baroja, "Comunistas, judíos y demás ralea", y publicado en Ediciones Reconquista, de Valladolid, por 1938 (1). Lo que me causa ahora tanta risa como emoción cuando descubriera tal libro estando en el frente con la IV de Navarra... Recuerdo que, apenas pude, fui a saludar a don Pío en Vera y agradecerle la honra que para mí significaba haber utilizado, de prólogo, un ensayo por mí publicado en la revista "JONS", en su número 8, por el otoño de 1933, y que le enviara. Baroja me respondió que lo había editado Ruiz Castillo, el de "Biblioteca Nueva". (Que a mí me publicara "Yo, inspector de alcantarillas", amigablemente, sin derechos de autor. ¿Qué diría hoy aquel buen amigo si supiera que se va a reeditar

(1) Esa «cierta revista» a que se refiere el señor Giménez Caballero es TIEMPO DE HISTORIA, y el «señor desconocido», José Antonio Gómez Marín, quien publicaba en nuestro primer número el trabajo «Los fascistas y el 98», al que contesta —sólo en uno de sus puntos— el articulista de «ABC».

prologado por un norteamericano y como libro introductor del surrealismo en España?) Escribí a Ruiz Castillo, pero no me contestó. Sin duda creyó prestar un buen servicio a Baroja por 1938, cuando su vuelta a España provocara ciertas reacciones. Lo que confirmaría el propio Baroja en dicho libro, capítulo VIII, página 92: "En Vera me visitaron algunos jóvenes falangistas y me preguntaron:

—¿Y usted no va a escribir en España algo sobre el momento actual?

—¿Pero no estamos despreditados, según ustedes, los escritores de la supuesta generación del noventa y ocho?

—Para nosotros no. ¿Usted ha leído un artículo de Giménez Caballero titulado 'Un precursor del fascismo: Pío Baroja'?

—Sí; me lo mandó hace tiempo. Yo no me creo un precursor español del fascismo, pero es posible que haya sentido o presentido esa doctrina política como motivo literario.

—Una de las cosas que dice Giménez Caballero es esto: 'Baroja expresa en literatura hacia mil novecientos diez lo que Mussolini comenzó a realizar en la acción diez años más tarde'.

—No me hago ilusiones de ser tan importante. Además, ya sabemos que imaginar no es hacer y, en política, lo difícil es hacer. Por cierto, que también Ledesma Ramos, que fue el primero que proyectó en España el partido nacional sindicalista, me leyó un Plan en mi casa de Madrid antes de publicarlo.

—¿Y qué le pareció a usted?

—Entonces no me pareció viable, la verdad. Porque yo decía: '¿Pero usted sabe si hay gente que va a aceptar ese programa?'. 'No —me contestaba él—, pero la gente vendrá'. Ha leído uno tantos proyectos de esa clase que quedaron en embrión, que aquél me pareció uno más.

—Pues ése se desarrolló.